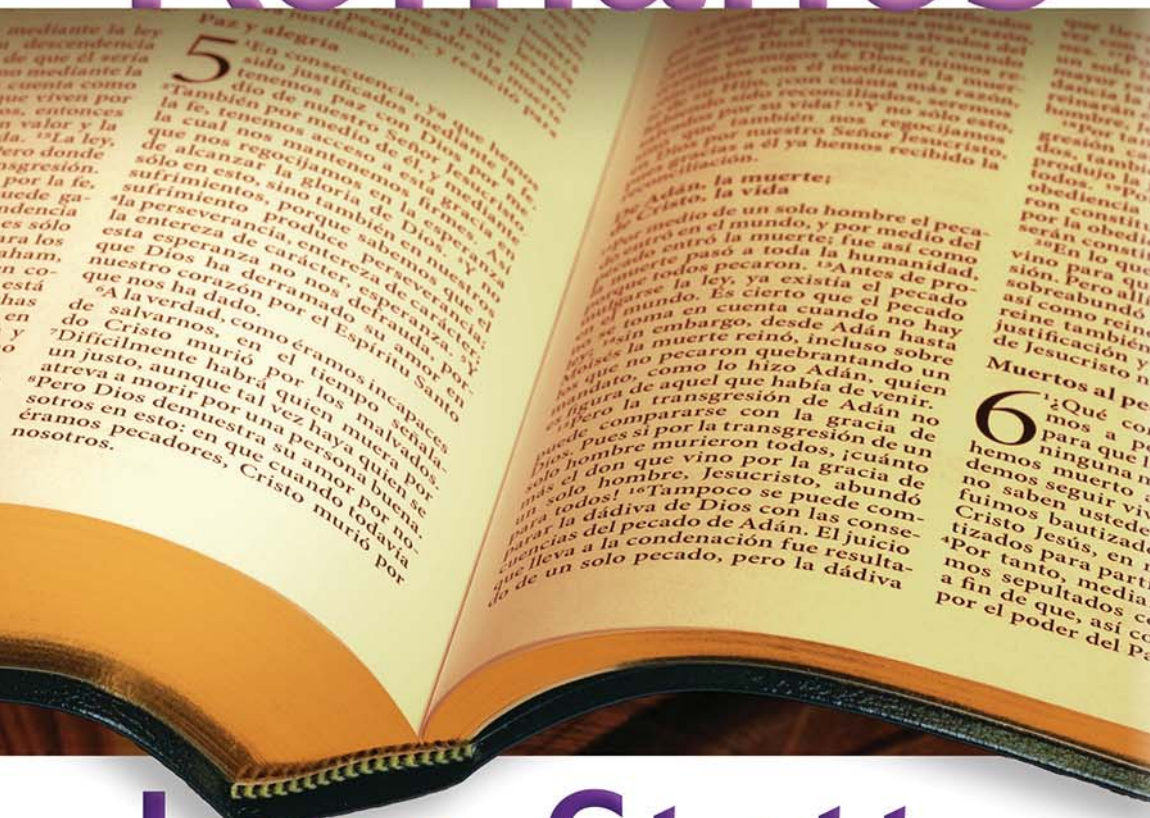




El mensaje de Romanos



John Stott

El mensaje de Romanos



5 **Paz y alegría**
En consecuencia, ya que hermanos
tenemos paz con Dios por la fe,
también por medio de él, y mediante
la cual nos mantenemos en la esperanza,
que no nos regocijamos en la esperanza
de alcanzar la gloria, sino también en
sufrimientos, porque sabemos que el
sufrimiento produce perseverancia, en
la perseverancia, entereza de carácter,
esta esperanza no nos defrauda, y
que Dios ha derramado su amor en
nuestro corazón por el Espíritu Santo
que nos ha dado.
A la verdad, como éramos incapaces
de salvarnos, en el tiempo señalado,
Cristo murió por los malvados.
Difícilmente habrá quien se atreva
a morir por una persona buena,
pero Dios demuestra su amor por
nosotros en esto: en que cuando
todavía éramos pecadores, Cristo murió
por nosotros.

... por un solo hombre el pecado
entró en el mundo, y por medio del
pecado la muerte; fue así como
por un solo hombre todos pecaron.
Pero la gracia abunda para todos.
El pecado no se cuenta como
justicia, pero la gracia sí.
Porque si por el pecado de un solo
hombre todos murieron, cuánto más
abundará la gracia para todos, para
que muchos vivan por la gracia de
un solo hombre, Jesucristo.
Porque si por la transgresión de un
solo hombre todos murieron, cuánto
más abundará la gracia para todos,
para que muchos vivan por la gracia
de un solo hombre, Jesucristo.
Porque si por la transgresión de un
solo hombre todos murieron, cuánto
más abundará la gracia para todos,
para que muchos vivan por la gracia
de un solo hombre, Jesucristo.

John Stott



Ediciones Certeza Unida
Barcelona, Buenos Aires, La Paz
2007

Índice

Presentación	5
Prefacio del autor	7
Abreviaturas	11
Ensayo preliminar	15
Introducción	37
1 Pablo y el evangelio	39
2 Pablo y los romanos	49
3 Pablo y la evangelización	53
I. La ira de Dios contra toda la humanidad	63
4 La depravada sociedad gentil	67
5 Moralistas críticos	81
6 Judíos seguros de sí mismos	93
7 Toda la raza humana	105
II. La gracia de Dios en el evangelio	113
8 La justicia de Dios revelada e ilustrada	115
9 El pueblo de Dios unido en Cristo	151
10 La ley de Dios y el discipulado cristiano	213
11 El Espíritu de Dios en los hijos de Dios	247
III. El plan de Dios para judíos y gentiles	301
12 La caída de Israel: El propósito de Dios en la elección	303
13 La falla de Israel: La decepción de Dios por su desobediencia	323
14 El futuro de Israel: El plan de Dios a largo plazo	337
15 La doxología: La sabiduría y la generosidad de Dios	359
16 Un manifiesto sobre la evangelización	363

IV. La voluntad de Dios para relaciones transformadas	367
17 Con Dios: Cuerpos consagrados y mentes renovadas	371
18 Con nosotros mismos: Pensar con sobriedad sobre nuestros dones	377
19 Entre nosotros: El amor en la familia de Dios	383
20 Con nuestros enemigos: No represalia, sino servicio	389
21 Con el estado: Ciudadanía responsable	395
22 Con la ley: El amor al prójimo como su cumplimiento	407
23 Con el tiempo actual: Vivir en el 'ya' y en el 'todavía no'	411
24 Con los débiles: Recibirlos bien, y no despreciarlos, juzgarlos ni ofenderlos	415
Conclusión. La providencia de Dios en el ministerio de Pablo	441
25 Su servicio apostólico	443
26 Sus planes de viaje	451
27 Recomendación y saludos	461
28 Advertencias, mensajes y una doxología final	469
Guía de estudio por David Stone	477
Apéndice. Nuevos desafíos para antiguas tradiciones	503
Bibliografía	513
Notas	519

Presentación

Este libro forma parte de la serie de exposiciones publicadas en inglés por InterVarsity Press bajo el título *The Bible Speaks Today* (La Biblia habla hoy). Igual que todas las exposiciones de aquella serie, *El Mensaje de Romanos* se caracteriza por el ideal de exponer el texto bíblico con fidelidad y relacionarlo con la vida contemporánea.

El comentario toma como base el texto bíblico de la *Nueva Versión Internacional*, e incluye la referencia a otras versiones de la Biblia. El propósito del autor es hacer comprensible el mensaje bíblico, a fin de aplicarlo a la realidad contemporánea tanto personal como de la comunidad.

Tenemos la certeza de que Dios aún habla hoy a través de lo que ya ha hablado. Nada es más necesario para la vida, el crecimiento y la salud de las iglesias o de los cristianos que escuchar y prestar atención a lo que el Espíritu les dice a través de su antigua, pero siempre apropiada Palabra.

Prefacio del autor

‘¿Otro comentario sobre Romanos?’, exclamó en voz alta mi amigo. Había angustia en su voz y en sus ojos. Y yo lo comprendí, porque la cantidad de literatura en torno a Romanos es tan grande que resulta inmanejable. Yo mismo he leído alrededor de treinta comentarios, sin mencionar muchos otros libros que se refieren a Pablo y a Romanos, y aun así quedan muchos más que no he tenido tiempo de estudiar. ¿No será, entonces, una insensatez o, más aun, una impertinencia agregar uno más a esta enorme biblioteca? Sí, creo que lo sería, si no fuese por las siguientes tres razones.

Primero, se me ha pedido que realice un estudio serio a partir de la integridad del texto mismo. Si bien un acercamiento sin presuposiciones resulta imposible (y generalmente se reconoce al comentarista como luterano, reformado, protestante o católico, liberal o conservador), yo he comprendido que mi primera responsabilidad es experimentar un renovado encuentro con el auténtico Pablo. Karl Barth, en su prefacio a la primera edición de su famoso *Römerbrief* (1918), llamó a esta actitud una ‘total lealtad’ a Pablo, que le permitiría al apóstol decir lo que realmente dice y que no lo obligaría a decir lo que nosotros querríamos que dijera.

Este principio me ha llevado a escuchar con respeto a aquellos estudiosos que nos ofrecen una ‘nueva perspectiva sobre Pablo’, especialmente a los catedráticos Krister Stendahl, E. P. Sanders y J. D. G. Dunn. Sus afirmaciones, de que tanto Pablo como el judaísmo palestino han sido gravemente mal entendidos, se han de tomar seriamente. Es cierto que el comentarista más reciente, el erudito jesuita norteamericano Joseph Fitzmyer, cuya obra apareció en 1993, ignora este debate en forma casi total. Por mi parte, sólo me he propuesto elaborar una breve explicación y evaluación de dicho debate en mi Ensayo preliminar y en el Apéndice.

Los expositores no deben ser anticuarios, como si viviesen solamente en el pasado remoto. Barth estaba convencido de que Pablo, si bien era 'hijo de su propia época' y se dirigió a sus contemporáneos, también 'habla a los hombres de todas las épocas.' De modo que celebró la 'energía creadora' con la que Lutero y Calvino se esforzaron por entender el mensaje de Pablo 'hasta que los muros que separaban al siglo dieciséis del primero se volvieran transparentes.' El mismo procedimiento dialéctico entre el antiguo texto y el contexto moderno debe regir en el día de hoy.

Confieso que, desde que me hice cristiano hace cincuenta y seis años, he disfrutado de lo que podría denominarse una relación de 'amor y odio' con Romanos, debido a sus desafíos personales, 'jubilosos y penosos' a la vez. Esto comenzó poco después de mi conversión, con el capítulo 6 y mi anhelo de experimentar esa 'muerte al pecado' que parecía prometer. Durante muchos años me entretuve con la fantástica idea de que se supone que los cristianos tienen que ser tan insensibles al pecado como lo es un cadáver a los estímulos. Mi liberación final de esa quimera quedó sellada cuando se me invitó a ofrecer las 'Conferencias bíblicas' sobre Romanos 5-8 en la 'Convención de Keswick'* en 1965, conferencias que posteriormente fueron publicadas con el título de *Hombres nuevos* (Certeza CIEE, 1974).

Segundo, fue la devastadora revelación en cuanto al pecado y la culpa universales de la humanidad, en Romanos 1.18-3.20, lo que me rescató de ese tipo de evangelización superficial que sólo se preocupa por las 'necesidades sentidas' de la gente. El primer sermón que prediqué después de mi ordenación en 1945, en la Iglesia de San Pedro, en la calle Vere, Londres, estaba basado en la repetida afirmación de Romanos de que 'no hay distinción' entre nosotros (3.22 y 10.12), ni en cuanto a nuestro pecado ni en cuanto a la salvación de Cristo. Estaba también Romanos 12 y su exigencia de una entrega totalmente sincera como respuesta a la misericordia de Dios, y Romanos 13, cuya enseñanza en cuanto al uso de la fuerza en la administración de la justicia hacía imposible que siguiese pensando como pacifista total según la tradición de Tolstoi y Gandhi. En cuanto a Romanos 8, he proclamado

* Reuniones anuales para fomentar la 'santidad práctica', que comenzaron a celebrarse en el noroeste de Inglaterra después del avivamiento iniciado por Moody en el siglo diecinueve [N del T.].

sus triunfantes versículos finales en innumerables funerales y sin embargo jamás disminuyó la emoción que me provocan.

Por lo tanto, no me ha sorprendido enteramente, mientras escribía esta exposición, descubrir cuántos asuntos contemporáneos reciben la atención de Pablo en Romanos: el entusiasmo por la evangelización en general y el acierto de la evangelización de los judíos en particular; si las relaciones homosexuales son ‘naturales’ o ‘antinaturales’; si todavía podemos aceptar conceptos tan fuera de moda como la ‘ira’ de Dios y la ‘propiciación’; la historicidad de la caída de Adán y el origen de la muerte de los seres humanos; cuáles son los medios fundamentales para vivir una vida santa; el lugar de la ley y el Espíritu en el discipulado cristiano; la distinción entre certeza y sospecha; la relación entre la soberanía divina y la responsabilidad humana en el tema de la salvación; la tensión entre la identidad étnica y la solidaridad del cuerpo de Cristo; las relaciones entre la iglesia y el estado; los respectivos deberes del ciudadano individual y los poderes de la nación; y la manera de resolver las diferencias de opinión en el seno de la comunidad cristiana. Esta lista es apenas un muestrario de los interrogantes modernos que, directa o indirectamente, plantea y analiza la Carta de Pablo a los Romanos.

Tercero, se me ha pedido que este sea un comentario de fácil lectura en cuanto al estilo y de tamaño manejable. Un comentario, a diferencia de una exposición, es una obra de referencia y, en esa medida, de difícil lectura. Muchos de los comentarios más influyentes sobre Romanos han aparecido en dos tomos: los de C. H. Hodge, Robert Haldane y John Murray, por ejemplo, y en nuestros días los de los catedráticos Cranfield y Dunn. En cuanto a la lúcida exposición del doctor Martín Lloyd-Jones, sobre Romanos 1–9, ocupa nueve tomos, con un total de más de 3000 páginas. En contraste con estas obras en varios tomos, que seguramente muchos líderes cristianos no tienen tiempo de leer, me he propuesto desde el comienzo limitar esta exposición a un solo tomo (¡si bien voluminoso!), y al mismo tiempo poner a disposición de los lectores algunos de los resultados de mi estudio de las obras más extensas.

Agradezco a Brian Rosner y a David Coffey por haber leído el manuscrito y haber hecho sugerencias, una cantidad de las cuales he adoptado; a Colin Duriez y a Jo Bramwell, de IVP, por su paciencia y su capacidad editorial; a David Stone por la preparación de la guía

EL MENSAJE DE ROMANOS

de estudio; a Nelson González, mi actual asistente de estudios, por haber aceptado la fatigosa tarea de leer el manuscrito cuatro veces, y por haber puesto diestramente el dedo sobre puntos débiles en los que hacía falta aclaración o más elaboración; y, último en orden pero no en importancia, a Frances Whitehead, cuyo indeclinable entusiasmo, energía y eficiencia se han combinado para producir, una vez más, un manuscrito impecable.

Al comienzo de su exposición de Romanos, en el siglo cuarto, Crisóstomo habló sobre lo mucho que disfrutaba al oír la ‘trompeta espiritual’ de Pablo.¹ Mi oración es que podamos oírla nuevamente en nuestros días y que respondamos con entusiasmo a su llamado.

John Stott
Pascua de 1994

Abreviaturas

- AV** *Versión autorizada (o del rey Jaime) de la Biblia*, 1611.
- BA** *La Biblia de las Américas*, The Lockman Foundation, 1986.
- BAGD** *Walter Bauer: A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature*, traducido y adaptado por William F. Arndt y F. Wilbur Gingrich, segunda edición, revisada y aumentada por F. Wilbur Gingrich y Frederick W. Danker de la quinta edición de Bauer (1958), University of Chicago Press, 1979.
- BC** *Sagrada Biblia*, trad. de José María Bover y Francisco Cantera, BAC, 1961.
- BJ** *Biblia de Jerusalén*, revisada y aumentada, Desclée de Brouwer, 1975.
- BLA** *La Biblia para las comunidades cristianas de Latinoamérica y para los que buscan a Dios*, Ediciones Paulinas, 3ª ed., 1972.
- BP** *Biblia del Peregrino*, trad. de Luis Alonso Schökel, Ega-Mensajero, 1993.
- CI** *Sagrada Biblia*, trad. de Francisco Cantera y Manuel Iglesias González, BAC, 1975.
- DHH** *Dios habla hoy*, Sociedades Bíblicas Unidas, 1994.
- FS** *Sagrada Biblia*, trad. de Pedro Franquesa y José María Solé, Regina, S.A., 5ª ed., 1980.

EL MENSAJE DE ROMANOS

- GNB** *The Good News Bible*, NT, 1966, 4ª edición 1976; AT, 1976.
- GT** *A Greek-English Lexicon of the New Testament*, por C. L. W. Grimm y J. H. Thayer, T. y T. Clark, 1901.
- JB** *Versión inglesa de la Biblia de Jerusalén*, 1966.
- JBP** *The New Testament in Modern English*, por J. B. Phillips, Collins, 1958.
- LPD** *El libro del pueblo de Dios: La Biblia*, Ediciones Paulinas, 1980.
- LXX** *Septuaginta*, el Antiguo Testamento en griego, siglo III a.C.
- MG** *Margen*.
- Moffatt** *James Moffatt: A New Translation of the Bible*, Hodder y Stoughton, 1926, Antiguo y Nuevo Testamentos en un tomo; revisada en 1935.
- NEB** *The New English Bible*, NT, 1961, segunda edición 1970; AT, 1970.
- NIV** *New International Version of the Bible* en inglés (1973, 1978, 1984).
- NVI** *Nueva Versión Internacional*, Sociedad Bíblica Internacional, 1999.
- PB** *El Nuevo Testamento de nuestro Señor Jesucristo*, trad. de Pablo Besson, Junta de Publicaciones de la Convención Evangélica Bautista, Buenos Aires, 2ª ed., 1948.
- REB** *The Revised English Bible*, 1989.
- RSV** *The Revised Standard Version of the Bible*, NT, 1946; 2ª edición, 1971; AT, 1952.
- RV** *The Revised Version of the Bible*, 1881–5; Apócrifos, 1895.

- RVR** *La Santa Biblia Reina-Valera*, Revisión 1995, Sociedades Bíblicas Unidas, 1995.
- RV 1909** *La Santa Biblia Reina-Valera*, 1909, Sociedades Bíblicas Unidas.
- TDNT** *Theological Dictionary of the New Testament*, ed. G. Kittel y G. Friedrich, trad. al inglés por G. W. Bromiley, Eerdmans, 1964–76.
- TLA** *Biblia para todos*, Traducción en Lenguaje Actual, Sociedades Bíblicas Unidas, 2002.
- TM** *Texto masorético*.
- SBA** *Sagrada Biblia*, trad. de Serafín de Ausejo, Editorial Herder, 4ª ed., 1964.

Ensayo preliminar

La Carta de Pablo a los Romanos es una especie de manifiesto cristiano. Desde luego que también es una carta, cuyo contenido lo determinaron las situaciones particulares en las que se encontraban en ese momento tanto el apóstol como los creyentes romanos. Aun así, permanece como manifiesto imperecedero, como una proclama sobre la libertad que tenemos a través de Jesucristo. Es la declaración más plena, más sencilla y más grandiosa acerca del evangelio en todo el Nuevo Testamento. Su mensaje no es que ‘el hombre nació libre, y en todas partes se encuentra en cadenas’, como afirmó Rousseau al comienzo de *El contrato social* (1762); Pablo declara que los seres humanos nacen en pecado y sujetos a esclavitud, pero que Jesucristo vino para hacernos libres. En esta carta se dan a conocer las buenas noticias de la liberación: liberación de la santa ira de Dios ante toda impiedad, liberación de la alienación gracias a la reconciliación, liberación de la condenación que impone la ley de Dios, liberación de lo que Malcolm Muggeridge solía llamar ‘el oscuro calabozo de nuestro propio ego’, liberación del temor a la muerte; liberación, finalmente, del deterioro de la creación, que gime para entrar a la gloriosa libertad de los hijos de Dios, y mientras tanto liberación de conflictos étnicos en la familia de Dios, como también liberación para entregarnos al amoroso servicio de Dios y de otros.

No nos sorprende que la iglesia en todas las generaciones haya reconocido la importancia del libro de Romanos, y sobre todo en la época de la Reforma. Lutero dijo de esta carta que era ‘realmente la parte principal del Nuevo Testamento, y ... en verdad, el evangelio más puro’. Luego agregó: ‘Es digna no sólo de que todo cristiano la conozca palabra por palabra, de memoria, sino también de que se ocupe de ella todos los días, como el pan diario del alma.’¹ Calvino se expresó en forma similar cuando declaró que ‘si hemos adquirido una

verdadera comprensión de esta epístola, tenemos una puerta abierta a los tesoros más profundos de la Escritura.²

Los reformadores británicos expresaron ese mismo aprecio por Romanos. William Tyndale, por ejemplo, padre de los traductores bíblicos ingleses, en su prólogo a Romanos la describió como ‘la parte principal y más excelente del Nuevo Testamento, y el más puro *euangelion*, es decir, buenas noticias ... y también una luz y una senda hacia la totalidad de la Escritura’. Animó a sus lectores a aprenderla de memoria. ‘Cuanto más se la estudia,’ les aseguró, ‘tanto más fácil parece; cuanto más se la mastica, tanto más agradable resulta.’³

1. La influencia de esta carta

Varios dirigentes eclesiásticos notables han dado testimonio, en diferentes siglos, del impacto que Romanos tuvo en su vida, y en algunos casos fue el medio para su conversión. Menciono a cinco de ellos, con el fin de alentarnos a tomar en serio nuestro estudio.

Aurelius Agustinus, conocido como Agustín de Hipona, destinado a convertirse en el más grande de los Padres latinos de la iglesia primitiva, nació en una pequeña granja en lo que es hoy Argelia. Durante su turbulenta juventud fue tanto esclavo de sus pasiones sexuales como objeto de las oraciones de su madre, Mónica. Como profesor de literatura y retórica se trasladó sucesivamente a Cartago, Roma, y luego a Milán, donde cayó bajo la influencia de la predicación del obispo Ambrosio. Fue allí donde, durante el verano del año 386, cuando tenía treinta y dos años de edad, salió al jardín de la casa donde se alojaba en busca de soledad. ‘El tumulto de mi corazón me sacó al jardín,’ escribió más tarde en sus *Confesiones*; ‘allí nadie podía interrumpir la candente lucha conmigo mismo en la que estaba empeñado ... Me estaba torciendo y retorciendo en mis propias cadenas ... De algún modo me arrojé al suelo debajo de cierta higuera, y dejé que me corrieran libremente las lágrimas.’

Súbitamente oí una voz de la casa cercana, que cantaba como si fuese un niño o una niña ... que decía y repetía vez tras vez: ‘Toma y lee, toma y lee.’ ... Interpreté esto exclusivamente como un mandato divino para mí, para que abriese el libro y leyese el primer capítulo con el que me encontrase ...

De modo que volví apresuradamente al lugar donde ... había dejado el libro del apóstol cuando me levanté. Lo tomé, lo abrí y en silencio leí el primer pasaje sobre el que cayeron mis ojos: ‘No en orgías y borracheras, ni en inmoralidad sexual y libertinaje, ni en disensiones y envidias. Más bien, revístanse ustedes del Señor Jesucristo, y no se preocupen por satisfacer los deseos de la naturaleza pecaminosa’ (Romanos 13.13–14). No deseaba ni necesitaba leer más. De inmediato, con las últimas palabras de esta frase, fue como si una luz de alivio frente a toda mi ansiedad inundó mi corazón. Todas las sombras de duda se desvanecieron.⁴

En 1515 a otro profesor le sobrevino una crisis espiritual similar. Como todo el mundo en la cristiandad medieval, Martín Lutero se había criado en el temor de Dios, de la muerte, del juicio y del infierno. Dado que la forma más segura de ganar el cielo (según se creía) era hacerse monje, en 1505, a la edad de veintiún años, ingresó en el claustro agustino en Erfurt, donde se dedicó a orar y ayunar, a veces durante varios días seguidos, además de adoptar otros rigores extremos. ‘Yo era un buen monje,’ escribió más tarde. ‘Si alguna vez un monje había de llegar al cielo por su monjía, ese sería yo.’⁵ ‘Lutero exploró todos los recursos del catolicismo de su época para calmar la angustia de un espíritu alejado de Dios.’⁶ Pero nada pacificó su atormentada conciencia hasta que, habiendo sido designado profesor de Biblia en la Universidad de Wittenberg, estudió y expuso primeramente los Salmos (1513–1515) y luego Romanos (1515–1516). Al principio estaba enojado con Dios, según confesó posteriormente, porque le parecía que era más bien un juez terrorífico que un salvador misericordioso. ¿Dónde habría de encontrar un Dios de gracia? ¿Qué podía querer decir Pablo en Romanos 1.17 cuando afirmaba que ‘en el evangelio se revela la justicia que proviene de Dios’? Lutero nos explica cómo se resolvió su dilema:

Ansiaba grandemente entender la Carta de Pablo a los Romanos, y nada se interponía en el camino, a excepción de esa sola expresión ‘la justicia de Dios,’ porque yo consideraba que significaba aquella justicia mediante la cual Dios es justo y obra con justicia al castigar a los injustos ... Medité día y

noche hasta que ... comprendí la verdad de que la justicia de Dios es aquella justicia mediante la cual, por gracia y simple misericordia, nos justifica por fe. A partir de allí sentí que había renacido y que había entrado por puertas abiertas al paraíso. Todas las Escrituras adquirieron un significado nuevo, y en tanto antes 'la justicia de Dios' me había llenado de odio, ahora se había convertido para mí en algo inexpresablemente dulce y con un amor que iba en aumento. Este pasaje de Pablo vino a ser para mí el portal de entrada al cielo.⁷

Unos doscientos años más tarde, fue aquella misma intuición de Lutero comunicada por Dios acerca de la doctrina de la justificación por gracia y por medio de la fe la que condujo a Juan Wesley a una iluminación similar. Su hermano menor, Carlos, había fundado en Oxford con algunos amigos lo que llegó a conocerse en forma jocosa como 'el club santo'; en noviembre de 1729 Juan se vinculó al mismo y se convirtió en el líder reconocido del grupo. Sus miembros se dedicaban a los estudios sagrados, al examen personal, a los ejercicios religiosos privados y públicos y a actividades filantrópicas, aparentemente con la esperanza de ganar la salvación mediante esas obras buenas. Luego, en 1735, los hermanos Wesley se trasladaron a Georgia, Estados Unidos, como capellanes de los colonos y como misioneros ante los indios. Dos años más tarde volvieron con una profunda desilusión, que sólo fue mitigada por la admiración que despertó en ellos la piedad y la fe de unos moravos. Luego, el 24 de mayo de 1738, durante una reunión morava en la calle Aldersgate, en Londres, a la que Juan Wesley fue 'muy de mala gana', se convirtió de la confianza en sí mismo a la fe en Cristo. Alguien estaba leyendo el *Prefacio a ... Romanos* de Lutero. Wesley escribió en su diario:

Alrededor de las nueve menos cuarto, mientras describía el cambio que Dios obra en el corazón mediante la fe en Cristo, sentí que mi corazón ardía de una forma extraña. Sentí que efectivamente ponía mi confianza en Cristo, en Cristo solo, para la salvación; y me fue dada una certidumbre de que él había quitado *mis* pecados, los *míos propios*, y que me había salvado *a mí* de la ley del pecado y la muerte.⁸

Llegando ahora a nuestra propia era, podemos mencionar a dos líderes cristianos más, uno rumano, el otro suizo. Ambos eran clérigos, uno ortodoxo, el otro protestante. Ambos nacieron en la década de 1880, pero jamás se conocieron y posiblemente jamás hayan oído hablar el uno del otro. Sin embargo, a pesar de la diferencia de países, culturas e iglesias, ambos fueron transformados por el estudio de Romanos. Me refiero a Dumitru Cornilescu y Karl Barth.

Mientras estudiaba en el Seminario Teológico Ortodoxo en Bucarest, Dumitru Cornilescu⁹ anhelaba experimentar una mayor realidad y profundidad espiritual. En el curso de su búsqueda, le fueron mencionados algunos libros por autores evangélicos, quienes a su vez lo derivaron a la Biblia. De modo que resolvió traducir la Biblia al rumano moderno, tras lo cual comenzó la tarea en 1916 y casi seis años después la completó. A través de su estudio de Romanos llegó a aceptar verdades que le habían resultado desconocidas hasta ese momento, incluso inaceptables: que ‘no hay un solo justo, ni siquiera uno’ (3.10), que ‘todos han pecado’ (3.23), que ‘la paga del pecado es muerte’ (6.23), y que los pecadores pueden ser ‘justificados gratuitamente’ por medio de Cristo (3.24), porque ‘Dios lo ofreció como un sacrificio de expiación que se recibe por la fe en su sangre’ (3.25). Mediante estos y otros textos de Romanos llegó a comprender que, por medio de Cristo, Dios había hecho todo lo necesario para nuestra salvación. ‘Acepté este perdón para mí mismo,’ dice, ‘acepté a Cristo como mi Salvador viviente.’

‘A partir de ese momento,’ escribe Paul Negrut, ‘Cornilescu tuvo la seguridad de que pertenecía a Dios, y de que era una nueva persona.’ Su traducción de la Biblia, publicada en 1921, se convirtió en el texto estándar de la Sociedad Bíblica en lengua rumana, aunque él mismo fue exiliado por el patriarca ortodoxo en 1923, y murió algunos años después en Suiza.

Suiza fue también el hogar de Karl Barth. Durante sus estudios teológicos anteriores a la primera guerra mundial cayó bajo la influencia de algunos de los principales eruditos liberales de la época, y compartió su sueño utópico del progreso humano y el cambio social. Pero la horrible carnicería y bestialidad de la guerra y su propia reflexión sobre el mensaje de Romanos fueron suficientes, en forma combinada, para aniquilar las ilusiones del optimismo liberal. Incluso, mientras escribía su exposición sobre la epístola, dijo que ‘requería muy poca

imaginación ... oír a la distancia el ruido de las armas de fuego que rugían en el norte.¹⁰ La publicación de la primera edición de su comentario, en 1918, marcó su ruptura terminante con el liberalismo teológico. Había llegado a la convicción de que el reino de Dios no era el nombre religioso del socialismo, que pudiera lograrse mediante una hazaña humana, sino un comienzo radicalmente nuevo, iniciado por Dios.¹¹ De hecho, el fundamento con el que se encontró fue 'la bondad de Dios', es decir, 'la existencia, el poder y la iniciativa absolutamente únicas de Dios'.¹² En forma simultánea llegó a percibir las profundidades del pecado y de la culpa de la humanidad. Tituló 'La noche' a su exposición de Romanos 1.18ss (la exposición paulina de la depravación gentil), y escribió acerca del versículo 18: 'Nuestra relación con Dios es *impía* ... Suponemos que ... tenemos la posibilidad de arreglar nuestra relación con él de la manera en que arreglamos nuestras relaciones con otros ... Nos atrevemos a presentarnos como sus compañeros, apadrinadores, consejeros y comisionistas ... Esta es la *impiedad* de nuestra relación con Dios.'¹³

Barth relata que escribió 'con una gozosa sensación de descubrimiento' porque, agregó, 'la poderosa voz de Pablo me resultó nueva: y si lo era para mí, con seguridad también lo sería para muchos más'.¹⁴ Su énfasis inflexible en la absoluta dependencia que tiene el pecador de la gracia soberana y salvífica de Dios en Jesucristo, dio lugar a lo que Edwin Hoskins (su traductor al inglés) describió como 'un alboroto y una conmoción'.¹⁵ O bien, como lo expresó el teólogo católico romano Karl Adam, valiéndose de imágenes de la época de la guerra, el comentario de Barth cayó 'como una bomba en el campo de juego de los teólogos'.¹⁶

F. F. Bruce, quien describió, en forma algo más breve de lo que lo he hecho yo, la influencia de Romanos sobre cuatro de estos cinco hombres, agregó sabiamente que su impacto no se ha limitado a semejantes gigantes, ya que 'hombres y mujeres comunes' también han sido alcanzados por su influencia. Más aun, 'es imposible anticipar lo que puede ocurrir cuando la gente comienza a estudiar la Carta a los Romanos. Por consiguiente, conviene que los que vienen leyendo hasta aquí se preparen para afrontar las consecuencias de seguir leyendo: ¡quedan advertidos!'¹⁷

2. Los propósitos de Pablo al escribir

Los comentaristas más antiguos tendían a suponer que en Romanos Pablo proporcionaba lo que Felipe Melanchton llamó ‘un compendio de doctrina cristiana’, un tanto apartado de cualquier contexto socio-histórico. Los comentaristas contemporáneos, por otro lado, han tendido a reaccionar en forma excesiva a este punto de vista, y a centrarse enteramente en la situación transitoria o pasajera del autor y los lectores. Sin embargo, no todos han cometido este error. El profesor Bruce llamó a Romanos ‘una declaración sostenida y coherente del evangelio’.¹⁸ El profesor Cranfield lo describió como ‘un todo teológico del que nada sustancial puede eliminarse sin alguna medida de desfiguración o distorsión’.¹⁹ Y Günther Bornkamm pudo referirse a Romanos como ‘la última voluntad y testamento del apóstol Pablo’.²⁰

No obstante, todos los documentos del Nuevo Testamento (los Evangelios, Hechos y Apocalipsis, además de las cartas) fueron escritos desde una situación particular. Y esa situación se relacionaba en parte con las circunstancias en las que se encontraba el propio autor, en parte en las de sus futuros lectores, y generalmente en una combinación de ambas. Son estas las que nos permiten captar lo que movió a cada autor a escribir y por qué escribió lo que escribió. Romanos no es una excepción a esta regla general, aunque Pablo en ninguna parte expresa sus razones claramente y en detalle. De manera que se han intentado diferentes reconstrucciones.

En su útil monografía *The Reasons for Romans* (Las razones para Romanos) el doctor Alexander Wedderburn propuso que se tuvieran en cuenta tres pares de factores: tanto el marco epistolar de Romanos (su comienzo y su final), como su sustancia teológica en la parte central; tanto la situación de Pablo como la iglesia romana; y tanto las secciones judías y gentiles de la iglesia, como sus problemas particulares.²¹

¿Cuáles eran, por consiguiente, las circunstancias del propio Pablo? Probablemente escribía desde Corinto durante esos tres meses que pasó ‘en Grecia’²² poco antes de zarpar hacia el este. Menciona tres lugares que se propone visitar. El primero es Jerusalén, adonde llevará consigo el dinero que las iglesias griegas han contribuido

para los cristianos empobrecidos en Judea (15.25ss). El segundo es Roma misma. Habiéndose visto frustrado en sus anteriores intentos de visitar a los cristianos en Roma, tiene confianza en que esta vez tendrá éxito (1.11ss; 15.23ss). Tercero, se propone seguir a España, con el fin de continuar su obra misionera pionera 'donde Cristo no sea conocido' (15.20, 24, 28). Sus propósitos más obvios al escribir estaban relacionados con estos tres destinos.

Por cierto que Pablo pensaba en Roma, que se encontraba entre Jerusalén y España, como un lugar de descanso y renovación después de haber visitado Jerusalén, y como un lugar de preparación para su viaje hacia España. En otras palabras, sus visitas a Jerusalén y España tenían significación especial para él, porque expresaban sus dos compromisos inmediatos: con el bienestar de Israel (Jerusalén) y con la misión a los gentiles (España).

Evidentemente Pablo tenía cierta aprehensión con respecto a su próxima visita a Jerusalén. Había meditado mucho sobre esta visita. Había dedicado tiempo y energías a promover la colecta, y había arriesgado su prestigio personal en esta empresa. Para él se trataba de algo más que una expresión de generosidad cristiana.²³ Constituía un símbolo de la solidaridad judeo-cristiana en el cuerpo de Cristo, y de una apropiada reciprocidad (en la que los gentiles compartían con judíos sus bendiciones materiales, habiendo primeramente compartido las bendiciones espirituales de ellos, 15.27). De modo que alentaba a los cristianos romanos a unirse a él en su lucha por medio de la oración (15.30). Hablando humanamente, el grado de aceptación de este plan era incierto. Muchos cristianos judíos lo miraban con profundas sospechas. Algunos lo condenaban por deslealtad a su herencia judía, por cuanto en la evangelización de los gentiles defendía su derecho a no someterse a la circuncisión ni observar la ley. Para esos cristianos judíos, aceptar la ofrenda que Pablo llevaba a Jerusalén equivaldría a respaldar su orientación liberal. El apóstol sentía la necesidad de apoyo por parte de la comunidad cristiana judeo-gentil de Roma; les escribía solicitando sus oraciones.

Si el destino inmediato de Pablo era Jerusalén, su destino final era España. El hecho era que su evangelización de las cuatro provincias de Galacia, Asia, Macedonia y Acaya estaba completa, como dice en 15.19b, 'habiendo comenzado en Jerusalén, he completado la proclamación del evangelio de Cristo por todas partes, hasta la región

de Iliria' (aproximadamente la moderna Albania) ¿Qué le faltaba? Su ambición, que en realidad se había convertido en su plan firme, consistía en evangelizar solamente 'donde Cristo no sea conocido', con el propósito de 'no edificar sobre fundamento ajeno' (15.20). Por lo tanto, ahora juntaba estas dos cosas (lo actuado y el plan) y llegaba a la conclusión de que 'ya no [le quedaba] un lugar dónde trabajar en estas regiones' (15.23). En consecuencia puso la vista en España, región considerada parte de la frontera occidental del imperio romano, y a la que, hasta donde tuviera conocimiento, el evangelio todavía no había llegado.

Pero podía haber decidido ir a España sin visitar Roma de paso o, incluso, sin mencionarles a los romanos sus planes. ¿Por qué, entonces, les escribía? Con seguridad que sentía la necesidad de contar con la comunión de ellos. Roma se encontraba a unos dos tercios de la distancia entre Jerusalén y España. Por lo tanto les preguntaba si podían ayudarlo en su viaje hacia allí (15.24), presumiblemente con su estímulo, apoyo financiero y oraciones. Más todavía, quería 'valerse de Roma como base de operaciones en el Mediterráneo occidental, así como se había valido de Antioquía (originalmente) como base en Oriente'.²⁴

De modo que el destino inmediato de Pablo, entre Jerusalén y España, había de ser Roma. Allí había surgido ya una iglesia, quizás por medio de cristianos judíos que habían regresado a su lugar de residencia desde Jerusalén después de pentecostés.²⁵ Pero no se sabe quién pudo haber sido el misionero que llevó a cabo la obra pionera de iniciar la iglesia allí. La visita que anunciaba Pablo parecería no concordar con su estrategia de no edificar sobre fundamentos ajenos; sólo podemos suponer que Roma no se consideraba el territorio de nadie en particular, y/o que actuaba bajo la influencia de la verdad paralela de que como apóstol especialmente designado para evangelizar a los gentiles (1.5s; 11.13; 15.15s), resultaba apropiado que ejerciera su ministerio en la metrópoli del mundo gentil (1.11ss), aunque con mucho tacto agregaba que sólo los visitaría de paso, 'rumbo a España' (15.24, 28).

No obstante, todavía tenemos que preguntarnos por qué les escribía. En parte, sin duda, para prepararlos para su visita. Más que esto, porque no había visitado Roma antes, y dado que la mayoría de los miembros de la iglesia allí no lo conocerían, veía la necesidad

de establecer sus credenciales apostólicas haciendo una exposición completa de su evangelio. La forma en que lo hizo estaba determinada principalmente por 'la lógica interna del evangelio',²⁶ pero al mismo tiempo respondía a las preocupaciones de los lectores y a las críticas, como se verá en los próximos párrafos. Mientras tanto, con respecto a su propia situación, hacía llegar un triple pedido: que orasen para que su servicio en Jerusalén fuese aceptable, que lo ayudasen con su proyectado viaje a España, y que lo recibiesen durante su estadía en Roma como apóstol de los gentiles.

Los objetivos de Pablo al escribir la Carta a los Romanos no se limitan a su propia situación, empero, ni en particular a sus planes de viajar a Jerusalén, Roma y España. Su carta también surgía de la situación en la que se encontraban los propios cristianos de Roma. ¿Cuál era esa situación?

Hasta la lectura más casual de Romanos delata el hecho de que la iglesia en Roma era una comunidad mixta, que comprendía tanto judíos como gentiles, y que los gentiles constituían la mayoría (1.5s, 13; 11.13). Además, había bastantes conflictos entre estos grupos. También se reconoce que dichos conflictos no eran principalmente étnicos (razas y culturas diferentes), sino teológicos (convicciones diferentes acerca de la posición del pacto y la ley de Dios y, por consiguiente, acerca de la salvación). Algunos entendidos sugieren que las iglesias en las casas de la ciudad (ver 16.5, y también los versículos 14–15 que se refieren a los cristianos 'que están con ellos') pudieron haber representado esas posiciones doctrinales diferentes. También podría ser que los 'disturbios' provocados por los judíos en Roma 'por instigación de Cresto' (probablemente una referencia a Cristo) se debían a este mismo conflicto entre *cristianos* judíos y gentiles. Suetonio²⁷ menciona los alborotos, que llevaron a la expulsión de los judíos de Roma en el 49 d.C. por orden del emperador Claudio.²⁸

¿Cuál era, entonces, la cuestión teológica que estaba en la base de las tensiones étnicas y culturales entre judíos y gentiles en Roma? El doctor Wedderburn dice que los cristianos judíos en Roma representaban un 'cristianismo judaizante', por cuanto consideraban al cristianismo 'simplemente como parte del judaísmo', y exigían que sus seguidores 'observasen la ley judaica',²⁹ mientras que a los cristianos gentiles los llama 'sostenedores de un evangelio libre de la ley'.³⁰ Más aun, él y muchos otros expertos también han visto en el primer grupo

a ‘los débiles’ y en el segundo a ‘los fuertes’ a quienes se dirige Pablo en los capítulos 14–15, aunque es muy posible que esto último se trate de una simplificación excesiva. Los ‘débiles’ en la fe, que observaban escrupulosamente las disposiciones ceremoniales tales como las leyes alimenticias, condenaban a Pablo por no hacerlo. También es posible que se hayan considerado los únicos beneficiarios de las promesas de Dios, y que de ningún modo estaban a favor de la evangelización de los gentiles a menos que los conversos se mostrasen dispuestos a aceptar la circuncisión y a observar la ley plenamente.³¹ Para ellos Pablo era tanto un traidor al pacto como un enemigo de la ley (es decir, un ‘antinomiano’). Por otra parte, los ‘fuertes en la fe’, que al igual que Pablo defendían un ‘evangelio libre de la ley’, cometían el error de despreciar a los débiles que seguían innecesariamente esclavizados a la ley. Así, los cristianos judíos estaban orgullosos de su posición de privilegio, y los cristianos gentiles de su libertad, de modo que Pablo veía la necesidad de lograr que ambos partidos depusieran sus posiciones.

Los ecos de esta controversia, con sus implicancias teológicas y prácticas, resuenan a lo largo de toda la Carta a los Romanos. Y se ve a Pablo, de comienzo a fin, como un auténtico pacificador, que procura apaciguar las turbulentas aguas, ansioso por preservar tanto la verdad como la paz sin sacrificar ninguna de ellas. Por cierto que él mismo tenía un pie en ambos campos. Por una parte, era un judío patriota (‘Desearía yo mismo ser maldecido y separado de Cristo por el bien de mis hermanos, los de mi propia raza’, 9.3). Por otra parte, había sido especialmente comisionado como el apóstol destinado a los gentiles (‘Me dirijo ahora a ustedes, los gentiles. Como apóstol que soy de ustedes ...’, 11.13; ver 1.5; 15.15s). De modo que se encontraba en una posición única para actuar como agente de la reconciliación. Estaba resuelto a hacer una declaración completa y renovada del evangelio apostólico, que no comprometiese ninguna de sus verdades reveladas, pero que al mismo tiempo resolviese el conflicto entre judíos y gentiles sobre la cuestión del pacto y la ley, y de esta manera promover la unidad de la iglesia.

En su ministerio de reconciliación, por lo tanto, Pablo desarrolla dos temas capitales, y los entreteje maravillosamente. El primero es la justificación de los pecadores culpables mediante la gracia de Dios en Cristo y solamente por medio de la fe, cualesquiera fuesen la

posición o las obras de la persona. Esta realidad llama a la humildad de todos y es la más niveladora de todas las verdades y experiencias cristianas, y como tal es la base fundamental de la unidad cristiana. De hecho, como escribió Martin Hengel, ‘aunque hoy en día la gente acostumbra sostener lo contrario, nadie entendió mejor que Agustín y que Martín Lutero la verdadera esencia de la teología paulina: la salvación se ofrece por la *sola gratia*, sólo por gracia.’³²

El segundo tema de Pablo es la consiguiente redefinición del pueblo de Dios, ya no según la descendencia, la circuncisión o la cultura, sino según la fe en Jesús, de modo que todos los creyentes son verdaderos hijos de Abraham, cualquiera sea su origen étnico o su práctica religiosa. Así que, ‘no hay diferencia’ ahora entre judíos y gentiles, ya sea en cuanto al hecho de su pecado y culpa o al ofrecimiento y el don de la salvación por parte de Cristo (por ej. 3.21ss, 27s; 4.9ss; 10.11ss). De hecho, ‘el tema más importante de Romanos es la igualdad entre judíos y gentiles.’³³

Además, ligado a lo anterior está la permanente validez tanto del pacto de Dios (que ahora incluye a los gentiles y demuestra su fidelidad) como de su ley (de modo que, si bien estamos ‘libres’ de ella como medio de salvación, sin embargo la ‘cumplimos’ por medio del Espíritu como revelación de la santa voluntad de Dios).

Un breve repaso de la carta y su argumento puede arrojar luz sobre el entrelazamiento de estos temas relacionados entre sí.

3. Un breve repaso de Romanos

Los dos temas principales de Pablo (la integridad del evangelio que le ha sido encomendado y la solidaridad entre judíos y gentiles en la comunidad mesiánica) resultan evidentes ya en la primera mitad del primer capítulo de la carta.

Pablo llama a las buenas noticias ‘el evangelio de Dios’ (1.1) porque Dios es su autor, y ‘el evangelio de su Hijo’ (1.9) porque el Hijo es su sustancia. En los versículos 1–5 el apóstol se centra en la persona de Jesucristo, hijo de David por descendencia, poderosamente declarado Hijo de Dios por la resurrección. En el versículo 16 se ocupa de su obra, ya que el evangelio es el poder de Dios para la salvación de todo aquel que cree, ‘de los judíos primeramente, pero también de los gentiles’.

Entre estas dos breves declaraciones del evangelio, Pablo procura establecer una relación personal con sus lectores. Escribe ‘a todos ustedes, los amados de Dios que están en Roma’ y que son cristianos (1.7), cualquiera sea su origen étnico, aunque él sabe que la mayoría de ellos son de origen gentil (1.13). Da gracias a Dios por todos ellos, ora por ellos constantemente, anhela verlos, y muchas veces ha intentado (hasta ahora infructuosamente) ir a visitarlos (1.8–13). Se siente obligado a predicar el evangelio en la capital del mundo. Más aun, está ansioso por hacerlo, porque en el evangelio se ha revelado el modo justo de Dios de obrar la justicia de los injustos (1.14–17).

La ira de Dios | 1.18–3.20

La revelación de la justicia de Dios en el evangelio es necesaria debido a la revelación de su ira por oposición a la injusticia (18). La ira de Dios, su puro y perfecto antagonismo hacia el mal, se dirige contra todos los que deliberadamente reprimen lo que saben que es verdadero y correcto, con el fin de seguir su propio camino. Porque toda persona tiene algún conocimiento de Dios y su bondad, ya sea por medio del mundo creado (19), por medio de la conciencia (32), por medio de la ley moral escrita en el corazón del hombre (2.12ss), o por medio de la ley de Moisés entregada a los judíos (2.17ss).

El apóstol divide, así, a la raza humana en tres secciones: la sociedad pagana y depravada (1.18–32), los moralistas críticos, sean judíos o gentiles (2.1–16), y los judíos bien instruidos y autosuficientes (2.17–3.8). Luego concluye acusando a todo el género humano (3.9–20). En cada caso su argumento es el mismo, que nadie vive de conformidad con el conocimiento que él o ella tiene. Ni siquiera los privilegios especiales de los judíos los eximen del juicio divino. De ninguna manera, porque ‘tanto los judíos como los gentiles están bajo el pecado’ (3.9), y ‘porque con Dios no hay favoritismos’ (2.11). Todos los seres humanos son pecadores, culpables y no tienen excusa delante de Dios. El cuadro es un cuadro de total oscuridad.

La gracia de Dios | 3.21–8.39

El ‘pero ahora’ de 3.21 es uno de los grandes adversativos de la Biblia. Por sobre la oscuridad universal del pecado y la culpa ha brillado la luz del evangelio. Pablo vuelve a llamarla ‘la justicia de [o que proviene de] Dios (como en 1.17), es decir, su justa justificación de los injustos.

Esto es posible únicamente por medio de la cruz, en la que Dios ha demostrado su justicia (3.25s) como también su amor (5.8), y está disponible para ‘todos los que creen’ (3.22), sean judíos o gentiles. Al explicar la cruz, Pablo se vale de las palabras ‘propiciación,’ ‘redención’ y ‘justificación.’ Y luego, al responder a las objeciones judías (3.27–31), sostiene que dado que la justificación es por la fe solamente, no puede haber jactancia ante Dios, ni discriminación alguna entre judíos y gentiles, como tampoco despreocupación por la ley.

Romanos 4 es un brillante ensayo en el que Pablo prueba que el propio Abraham, el padre fundador de Israel, no fue justificado por sus obras (4–8), ni por la circuncisión (9–12), como tampoco por la ley (13–15), sino por la fe. En consecuencia, Abraham es ahora ‘el padre de todos los que creen,’ sin tomar en cuenta si se trata de judíos o gentiles (11, 16–25). Es notoria la imparcialidad divina.

Habiendo establecido que Dios justifica por la fe (4.5) incluso a los malvados, Pablo declara las grandes bendiciones de que disfruta su pueblo justificado (5.1–11). En consecuencia, comienza, tenemos paz con Dios, podemos estar de pie por su gracia, y nos regocijamos ante la perspectiva de ver y compartir su gloria. Ni siquiera el sufrimiento sacude nuestra confianza, en razón del amor que Dios ha derramado en nuestros corazones por su Espíritu (5) y que ha demostrado en la cruz por medio de su Hijo (8). Debido a lo que Dios ya ha hecho por nosotros, nos atrevemos a decir que ‘seremos salvos’ en el día final (9–10).

Ya han sido retratadas dos comunidades humanas, una caracterizada por el pecado y la culpa, la otra por la gracia y la fe. La cabeza de la vieja humanidad es Adán, la cabeza de la nueva es Cristo. Por lo tanto, casi con precisión matemática, Pablo las compara y las contrasta (5.12–21). La comparación es simple. En ambos casos un solo acto de un solo hombre ha afectado a una enorme cantidad de personas. El contraste, sin embargo, es mucho más significativo. En tanto la desobediencia de Adán trajo condenación y muerte, la obediencia de Cristo trajo justificación y vida. De hecho, la obra redentora de Cristo resultará más exitosa que el carácter destructivo de la obra de Adán.

En el centro de esta antítesis entre Adán y Cristo, Pablo presenta a Moisés: ‘la ley . . . intervino para que aumentara la trasgresión. Pero allí donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia’ (20). Ambas declaraciones tienen que haber resultado terribles para los oídos de los judíos,

porque seguramente les parecieron completamente antinomianas. La primera parecía echarle la culpa del pecado a la ley, y la segunda minimizar el pecado al magnificar la gracia. ¿Es que el evangelio de Pablo despreciaba la ley y alentaba el pecado? Pablo responde a la segunda acusación en Romanos 6, y a la primera en Romanos 7.

Dos veces en Romanos 6 (versículos 1 y 15) oímos que el que lo critica pregunta si Pablo quería decir que podemos seguir pecando para que la gracia de Dios pueda seguir perdonándonos. Las dos veces Pablo contesta con un iracundo ‘¡De ninguna manera!’. El que los cristianos planteen semejante interrogante demuestra que nunca han comprendido el significado del bautismo (1–14) ni de la conversión (15–23). ¿Acaso no sabían que su bautismo significaba unión con Cristo en su muerte, que su muerte fue una muerte ‘al pecado’ (cumpliendo sus exigencias, cumpliendo la pena), y que también han participado de su resurrección? Por la unión con Cristo ellos mismos están ‘muertos al pecado pero vivos para Dios’. ¿Cómo, entonces, podían seguir viviendo sujetos a aquello a lo cual habían muerto? En relación con la conversión ocurre algo semejante. ¿Acaso no se habían ofrecido decididamente a Dios como esclavos suyos? ¿Cómo podían, entonces, contemplar la posibilidad de recaer nuevamente en la esclavitud al pecado? Nuestro bautismo y conversión han cerrado la puerta a la vieja vida, y han abierto una puerta hacia una vida nueva. Es posible volver atrás, pero es inconcebible que lo hagamos. Lejos de alentar el pecado, la gracia lo prohíbe.

Los que criticaban a Pablo también estaban preocupados por lo que enseñaba sobre la ley. De modo que lo aclara en Romanos 7, donde se ocupa de tres asuntos. Primero (1–6), en Cristo los cristianos han ‘[muerto] a la ley’, así como han muerto ‘al pecado’. En consecuencia, están ‘libres’ de la ley, es decir, de su condenación, y ahora están libres, no del pecado, sino para servir de manera nueva según el Espíritu. Segundo, escribiendo (creo yo) sobre la base de su propio pasado (7–13), Pablo sostiene que, si bien la ley revela, provoca y condena el pecado, ella no es responsable del pecado o de la muerte. Claro que no; la ley es santa. Pablo exonera a la ley.

En tercer lugar (14–25), Pablo describe vivamente una constante y dolorosa lucha moral interior. Puede que el ‘pobre miserable’ que clama por liberación sea una persona no regenerada o un cristiano regenerado (yo adopto una tercera posición), puede que se trate de

Pablo mismo o de alguien a quien Pablo personifica, pero en última instancia su propósito en este párrafo es mostrar la debilidad de la ley. Su derrota no se debe a la ley (que es santa), como tampoco a su verdadero yo, sino al ‘pecado que habita en mí’ (17, 20), y esto es algo que la ley no tiene poder para controlar. Pero ahora (8.1–4) Dios ha hecho por medio de su Hijo y su Espíritu lo que la ley, debilitada por nuestra naturaleza pecaminosa, no podía hacer. En particular, el remedio contra el pecado que habita en nosotros es el Espíritu que vive en nosotros (8.9), que no se menciona en el capítulo 7, aparte de la referencia en el versículo 6. Por consiguiente, tanto para la justificación como para la santificación ‘no estamos bajo la ley sino bajo la gracia.’

Así como Romanos 7 está lleno de la ley, Romanos 8 está lleno del Espíritu. En la primera mitad del capítulo Pablo describe algunos de los muy diversos ministerios del Espíritu Santo: nos libera, habita en nosotros, nos da vida, nos orienta en el dominio propio, da testimonio juntamente con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios, a la vez que intercede por nosotros. El hecho de que somos hijos de Dios le recuerda a Pablo que, por consiguiente, también somos sus herederos, y que el sufrimiento es el único camino hacia la gloria. Luego traza un paralelo entre los sufrimientos y la gloria de la creación de Dios y los sufrimientos y la gloria de los hijos de Dios. La creación ha sido sometida a la frustración, dice. Pero un día será liberada de esa esclavitud. Mientras tanto la creación gime como con dolores de parto, y nosotros gemimos con ella. También esperamos con expectación anhelante, pero a la vez paciente, la redención final del universo, que incluye nuestro cuerpo.

En los últimos doce versículos de Romanos 8 el apóstol asciende a sublimes alturas de confianza cristiana. Expresa cinco convicciones acerca de la forma en que Dios obra para nuestro bien, es decir, para nuestra salvación final (28). Bosqueja cinco etapas del propósito de Dios desde el pasado hasta una eternidad futura (29–30). Además, lanza cinco preguntas desafiantes para las que no hay respuesta. De esta manera nos fortifica con quince garantías del inquebrantable amor de Dios, del que nada puede jamás separarnos.

El plan de Dios | 9–11

A lo largo de la primera mitad de su carta Pablo no ha olvidado la mezcla étnica de la iglesia de Roma, ni las tensiones que seguían surgiendo entre la minoría cristiana judía y la mayoría cristiana gentil. Ha llegado el momento para que se ocupe directamente del problema teológico subyacente. ¿Cómo es que el pueblo judío en general había rechazado al Mesías? ¿Cómo podía reconciliarse su incredulidad con el pacto y las promesas de Dios? ¿Cómo, además, encajaba en los planes de Dios la inclusión de los gentiles? Resulta notable que cada uno de estos tres capítulos comienza con una afirmación personal y emocionada del amor de Pablo por Israel: su angustia ante la alienación de ese pueblo (9.1ss), su anhelo de que sean salvos (10.1), y su propia y constante condición de judío (11.1).

En el capítulo 9 Pablo defiende la lealtad de Dios hacia el pacto sobre la base de que sus promesas no fueron dirigidas a todos los descendientes de Jacob, sino a un Israel dentro de Israel, a un remanente, ya que siempre ha obrado de conformidad con el ‘propósito de la elección’ divina (11). Esto puede verse no sólo en su elección de Isaac en lugar de Ismael, y de Jacob en lugar de Esaú, sino también en el hecho de que tuvo misericordia de Moisés, mientras que endureció al faraón (14–18), aun cuando esto significaba una entrega judicial del faraón al tenaz endurecimiento de su propio corazón. Si todavía tenemos problemas con el tema de la elección, es preciso que recordemos que siempre resulta inapropiado que los seres humanos intenten argüir con Dios (19–21). Debemos dejar que Dios sea Dios en cuanto a su decisión de hacer conocer su poder y su misericordia (22–23). Además, la propia Escritura predijo el llamado a los gentiles al igual que a los judíos a constituir su pueblo (24–29).

Con todo, está claro por el final del capítulo 9 y por el capítulo 10, que la incredulidad de Israel no puede explicarse simplemente mediante el propósito electivo de Dios. Porque Pablo procede a afirmar que Israel “[tropezó] con la ‘piedra de tropiezo,’” a saber, Cristo y su cruz. Esto equivale a acusar a Israel de una arrogante falta de voluntad para someterse al medio de salvación ofrecido por Dios, y de un celo religioso que no estaba basado en el conocimiento (9.30–10.4). A continuación Pablo contrasta ‘la justicia que se basa en la ley’ con ‘la justicia que se basa en la fe’, y mediante un hábil uso de Deutero-

nomio 30 destaca la libre disponibilidad de Cristo para la fe. No hay necesidad de que nadie salga a buscar a Cristo, porque él vino, murió y resucitó, y está cerca de todo aquel que lo busca (5–11). Más aun, en esto no hay diferencia entre judío y gentil, ya que el mismo Señor es Señor de todos y bendice ricamente a todos los que lo buscan (12–13). Pero, para esto, es necesaria la evangelización (14–15). ¿Por qué, entonces, no aceptó Israel las buenas noticias? No es que no las haya oído o que nos las haya entendido. ¿Por qué, entonces? Se trata de que ‘todo el día’ Dios había extendido sus manos para darle la bienvenida, pero el pueblo fue ‘desobediente y rebelde’ (16–21). Por lo tanto, la incredulidad de Israel, que en Romanos 9 se atribuye al propósito electivo de Dios, en Romanos 10 se atribuye a su orgullo, su ignorancia y su testarudez. La tensión entre la soberanía divina y la responsabilidad humana constituye la antinomia que la mente finita no puede desentrañar.

Con el capítulo 11 Pablo echa una mirada hacia el futuro. Declara que la caída de Israel no es total, por cuanto hay un remanente fiel (1–10), como tampoco final, por cuanto Dios no ha rechazado a su pueblo, pueblo que va a recuperarse (11). Si por la caída de Israel la salvación ha llegado a los gentiles, ahora la salvación de los gentiles provocará la envidia de Israel (12). De hecho, Pablo ve su ministerio de evangelización como el medio para despertar la envidia de su propio pueblo, con el fin de salvar a algunos de ellos (13–14). Y entonces la ‘plena restauración’ de Israel proporcionará ‘mayor ... riqueza’ al mundo. Luego Pablo desarrolla su alegoría del olivo, y enseña dos lecciones sobre la base del mismo. La primera es una advertencia a los gentiles (la rama del olivo silvestre que ha sido injertada) para que no se envanezcan o jacten (17–22). Y la segunda es una promesa a Israel (las ramas naturales) de que si no persiste en su incredulidad, volverá a ser injertado (23–24). La visión de Pablo en cuanto al futuro, que él llama un ‘misterio’ o revelación, es que cuando se haya producido la plenitud de los gentiles, ‘todo Israel será salvo’ también (25–27). La base de su seguridad es que ‘las dádivas de Dios son irrevocables, como lo es también su llamamiento’ (29). De manera que podemos confiadamente esperar que se cumpla la ‘plenitud’ tanto de los judíos como de los gentiles (12, 25). De hecho, Dios tendrá ‘misericordia de todos’ (32), lo cual no quiere decir de todos sin excepción, sino más bien tanto de judíos como de gentiles sin distinción. No debe sorpren-

ernos que esta perspectiva lleve a Pablo a expresarse mediante una doxología, en la que alaba a Dios por la profundidad de sus riquezas y de su sabiduría (33–36).

La voluntad de Dios | 12.1–15.13

Después de llamar ‘hermanos’ (habiendo sido abolida la antigua distinción) a los cristianos de Roma, ahora Pablo les hace un elocuente llamado. Basa su llamado en ‘la misericordia de Dios’, sobre la que ha venido hablando, y les pide que consagren su cuerpo y renueven su mente. Les presenta la cruda alternativa con la que siempre y en todas partes se ha enfrentado al pueblo de Dios, ya sea de conformarse al esquema de este mundo o de transformarse mediante la mente renovada que discierne ‘la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta’. Se trata de una elección entre la moda del mundo y la voluntad del Señor.

En los capítulos siguientes se ve claramente que la buena voluntad de Dios tiene que ver con todas nuestras relaciones, que el evangelio cambia radicalmente. Pablo se ocupa de ocho de ellas, a saber, nuestra relación con Dios, con nosotros mismos, con los demás, con nuestros enemigos, con el estado, con la ley, con el día postrero y con los ‘débiles’. Nuestra mente renovada, que comienza buscando la voluntad de Dios (1–2), ha de evaluarnos a nosotros y a nuestros dones con sobriedad, y evitar que tengamos una opinión demasiado elevada o demasiado baja de nosotros mismos (3–8). La relación entre nosotros se desenvuelve naturalmente sobre la base de los mutuos ministerios, que nuestros dones hacen posible. El amor que liga a los miembros de la familia cristiana ha de incluir la sinceridad, el afecto, el honor, la paciencia, la hospitalidad, la simpatía, la armonía y la humildad (9–16).

Luego escribe sobre la relación con nuestros enemigos o con los que obran el mal (17–21). Haciendo eco a las enseñanzas de Jesús, Pablo explica que no debemos usar la represalia ni la venganza, sino más bien dejar el castigo del mal a Dios, por cuanto es su prerrogativa, y mientras tanto procurar la paz, servir a nuestros enemigos y vencer el mal con el bien. Es muy posible que nuestra relación con las autoridades que gobiernan (13.1–7) se le haya ocurrido a Pablo por su referencia a la ira de Dios (12.19). Si el castigo del mal es prerrogativa de Dios, una de las formas en que lo hace es mediante la administración de justicia por el estado, dado que el magistrado es el ‘ministro’

de Dios para castigar al malhechor. El estado tiene además un papel positivo en la promoción y recompensa del bien en la comunidad. Por cierto que nuestra sumisión a las autoridades no ha de ser, sin embargo, incondicional. Si el estado administra mal la autoridad dada por Dios, para ordenar lo que Dios prohíbe o prohibir lo que Dios manda, nuestra clara responsabilidad cristiana es desobedecer al estado con el fin de obedecer a Dios.

Los versículos 8–10 retoman el tema del amor, y enseñan que el amor al prójimo es tanto una deuda impaga como el cumplimiento de la ley. Porque si bien ‘no estamos bajo la ley’, en el sentido de que miramos a Cristo para la justificación y al Espíritu Santo para la santificación, estamos llamados a ‘cumplir la ley’ en la obediencia diaria a los mandamientos de Dios. En este sentido no debemos contraponer al Espíritu y la ley entre sí, ya que el Espíritu Santo es quien escribe la ley en nuestro corazón. Y esta primacía del amor es tanto más urgente cuanto más cercano está el día del regreso de Cristo. Tenemos que despertar, levantarnos, vestirnos, y vivir como quienes pertenecen al día (versículos 11–14).

Nuestra relación con los ‘débiles’ es la que Pablo trata más extensamente (14.1–15.13). Evidentemente son débiles en la fe o en cuanto a convicciones, más que en cuanto a voluntad o carácter. Seguramente eran principalmente cristianos judíos, que creían que todavía tenían que observar tanto las leyes alimenticias como las fiestas y ayunos del calendario judaico. Pablo mismo es uno de los ‘fuertes’, y se identifica con esa posición. Su conciencia culta le dice que las comidas y los días son asuntos de menor importancia. Pero se niega a atropellar la conciencia sensible de los débiles. En definitiva, su exhortación a la iglesia es la de ‘aceptar’ o ‘recibir’ a los débiles como lo hizo Dios (14.1, 3) y la de ‘aceptarse’ unos a otros como lo hizo Cristo (15.7). Si de buen grado reciben a los débiles en su corazón y a una comunión hermanable, seguramente no los despreciarán, condenarán, ni perjudicarán persuadiéndolos a obrar en contra de su conciencia.

El rasgo más destacado de estas instrucciones prácticas es el hecho de que Pablo las fundamenta en su cristología, y en particular en la muerte, resurrección y *parusía* o regreso de Jesús. Los débiles son hermanos y hermanas por quienes Cristo murió. Cristo se levantó para ser su Señor, y nosotros no tenemos derecho alguno a entrometernos con sus siervos. El Señor viene para ser nuestro juez también;

de modo que no deberíamos hacer el papel de jueces nosotros mismos. También deberíamos seguir el ejemplo de Cristo, que no hizo su propia voluntad sino que se hizo siervo; más aun, siervo tanto de los judíos como de los gentiles. De manera que Pablo deja a sus lectores con una hermosa visión de los débiles y los fuertes, creyentes judíos y creyentes gentiles, que viven ‘juntos en armonía’, y que ‘con un solo corazón y una sola voz’ glorifican a Dios en un espíritu de unidad (15.5–6).

En su conclusión Pablo describe su ministerio como apóstol enviado a los gentiles, junto con su intención de predicar el evangelio sólo donde Cristo no sea conocido (15.14–22); comparte con ellos sus planes de viaje con el fin de visitarlos camino a España, pero de llevar primero la ofrenda a Jerusalén como símbolo de solidaridad judeo-gentil (15.23–29); y pide sus oraciones (15.30–33). Luego les recomienda a Febe, quien se supone fue la portadora de la carta a Roma (16.1–2); manda saludos para veintiséis personas mencionadas por nombre (16.3–16), hombres y mujeres, esclavos y libres, judíos y gentiles, lo cual nos ayuda a apreciar la extraordinaria unidad en la diversidad que disfrutaba la iglesia en Roma; los alerta acerca de los falsos maestros (16.17–20); manda mensajes de parte de ocho personas que están con él en Corinto (16.21–24); y pronuncia una doxología final. Aun cuando la sintaxis de la doxología es un tanto compleja, su contenido es maravilloso. Le permite al apóstol terminar donde comenzó (1.1–5), ya que la introducción de la carta y la conclusión se refieren ambas al evangelio de Cristo, la comisión de Dios, la misión a las naciones y la convocatoria a la obediencia de fe.

El lector interesado puede profundizar en la discusión de temas generales de Romanos en el Apéndice que se encuentra en la página 503, con el título ‘Nuevos desafíos para antiguas tradiciones’.

Introducción

Romanos 1.1–17

El evangelio de Dios y el vehemente anhelo de Pablo de compartirlo

Pablo comienza su carta de forma muy personal. El pronombre personal y el posesivo (yo, me, mi) aparecen más de veinte veces en estos versículos iniciales. Evidentemente está ansioso desde el comienzo por establecer una relación íntima con sus lectores. Su introducción consta de tres partes, que llamaré ‘Pablo y el evangelio’ (1–6), ‘Pablo y los romanos’ (7–13) y ‘Pablo y la evangelización’ (14–17).

1

Pablo y el evangelio Romanos 1.1–6

Las pautas para la composición de cartas varían de una cultura a otra. Nuestra forma moderna es la de dirigirnos al destinatario primeramente ('Querida Juana') y sólo al final identificarnos a nosotros mismos ('Con afecto, José'). En el mundo antiguo se usaba el orden inverso, es decir, el o la que escribía se anunciaba al comienzo y a continuación mencionaba al destinatario o la destinataria ('José a Juana, ¡saludos!'). Normalmente Pablo seguía el estilo de sus días, pero en este caso ofrece una descripción más completa de sí mismo que lo usual, en relación con el evangelio. Es probable que la razón sea que él no fue el fundador de la iglesia de Roma. Tampoco la había visitado todavía. Por lo tanto, siente la necesidad de presentar sus credenciales como apóstol y una síntesis del evangelio. Comienza así: **Pablo, siervo de Cristo Jesús, llamado a ser apóstol, apartado para anunciar el evangelio de Dios.** 'Siervo' es *doulos*, y en realidad debería traducirse 'esclavo'. En el Antiguo Testamento hubo una honorable sucesión de israelitas, comenzando con Moisés y Josué, que se describieron como 'siervos' o 'esclavos' de Yahvéh (por ej. 'Yo, Señor, soy tu siervo').¹ Yahvéh, el Señor, también designaba a Israel colectivamente 'mis siervos'.² Es notable con cuánta facilidad el título 'Señor' fue transferido, en el Nuevo Testamento, de Yahvéh a Jesús (por ej., los versículos 4, 7); y los 'siervos' del Señor ya no son los que pertenecen a Israel, sino todo su pueblo, sean judíos o gentiles.

'Apóstol', por otra parte, fue un nombre distintivamente cristiano desde el comienzo, en el sentido de que Jesús mismo lo eligió como su manera de referirse a los Doce,³ y Pablo sostenía que él había sido agregado a ellos.⁴ Las cualidades distintivas de los apóstoles eran que habían sido directa y personalmente llamados y comisionados por Jesús, que eran testigos oculares del Jesús histórico, por lo menos

1. PABLO Y EL EVANGELIO

(y especialmente) de su resurrección,⁵ y que habían sido enviados por él a predicar con su autoridad. De esta manera los apóstoles del Nuevo Testamento se asemejaban tanto al profeta del Antiguo Testamento, que era 'llamado' y 'enviado' por Yahvéh para hablar en su nombre, como al *shaliaj* del judaísmo rabínico, que era 'un representante o delegado autorizado, legalmente facultado para actuar (dentro de determinados límites) en nombre de su jefe'.⁶ Es ante este doble fondo que hemos de entender el autorizado papel docente del apóstol.

La doble designación de Pablo como 'esclavo' y 'apóstol' se destaca de manera especial cuando contrastamos estos vocablos entre sí. 'Esclavo' es un título de gran humildad; expresaba el sentido que tenía Pablo de su insignificancia personal, sin derechos propios, al haber sido comprado para pertenecer a Cristo. 'Apóstol', por otra parte, era un título de gran autoridad; expresaba su sentido de privilegio y dignidad oficiales en razón de haber sido designado por Jesucristo. Además, 'esclavo' es una palabra cristiana general (todos los discípulos consideran a Jesucristo como su Señor), en tanto que 'apóstol' es un título especial (reservado para los Doce y Pablo, y tal vez uno o dos más, tales como Jacobo). Como apóstol, Pablo había sido 'apartado para anunciar el evangelio de Dios'.

¿Cómo quería Pablo que entendieran sus lectores su referencia al hecho de haber sido apartado? La raíz del verbo *afōrismenos* tiene el mismo significado que el de 'fariseo' (*farisaios*). ¿Se trataba de algo deliberado, dado que Pablo había sido fariseo?⁷ Anders Nygren, por ejemplo, que refleja su tradición luterana, escribe que 'como fariseo Pablo se había apartado para la ley, pero ahora Dios lo había apartado para ... el evangelio ... Así, en el primer versículo de su epístola nos encontramos con la yuxtaposición de la ley y el evangelio, asunto que es básico en la carta y que constituye, desde un punto de vista, el tema de Romanos'.⁸ Es discutible, sin embargo, si los lectores de Pablo hubiesen podido captar este juego de palabras. Es más probable que Pablo haya visto un paralelo entre su consagración a ser apóstol y la de Jeremías a ser profeta. En Gálatas, Pablo escribió que Dios lo había apartado (usa allí la misma palabra) desde su nacimiento, y que luego lo había llamado a predicar a Cristo a los gentiles,⁹ así como a Jeremías Dios le había dicho: 'Antes de que nacieras, ya te había apartado; te había nombrado profeta para las naciones'.¹⁰ Por lo tanto, tenemos que pensar en el encuentro de Pablo con Cristo en el camino a Damasco

no sólo como su conversión sino como su designación para ser apóstol (*egō apostellō se*, ‘te envío’, ‘te hago apóstol’),¹¹ y especialmente para ser el apóstol enviado a los gentiles.

Por esa razón, las dos expresiones verbales de Pablo, ‘llamado a ser apóstol’ y ‘apartado para anunciar el evangelio de Dios’, van inseparablemente juntas. No se puede pensar en el concepto de ‘apóstol’ sin pensar en el ‘evangelio’, y viceversa. Como apóstol, Pablo tenía la responsabilidad de recibir, formular, defender, sostener y proclamar el evangelio, y de este modo combinar los papeles de depositario, defensor y heraldo. Como lo ha expresado el profesor Cranfield, la función del apóstol era ‘servir al evangelio mediante una proclamación autorizada y normativa del mismo’.¹²

A continuación Pablo pasa a ofrecer un análisis del evangelio para el que ha sido apartado, dividido en seis puntos.

1. El origen del evangelio está en Dios

‘Dios es la palabra más importante en esta epístola,’ escribió el doctor Leon Morris. ‘Romanos es un libro acerca de Dios. Por lejos, ningún tema se trata con la frecuencia del tema de Dios. Todo lo que Pablo trata en esta carta se relaciona con Dios ... No hay nada parecido en ninguna otra parte.’¹³ De manera que las buenas noticias cristianas constituyen ‘el evangelio de Dios’. No fue algo inventado por los apóstoles; les fue revelado y confiado por Dios.

Esta sigue siendo la primera y más básica convicción que sustenta a la evangelización auténtica. Lo que compartimos con otros no es un conjunto de especulaciones humanas ni una religión más. Es, más bien, ‘el evangelio de Dios’, las buenas noticias de Dios para un mundo perdido. Sin esta convicción, la evangelización queda vacía de su contenido, de su propósito y de su impulso.

2. La certificación del evangelio es la Escritura

Versículo 2: [el evangelio] **que por medio de sus profetas ya había prometido en las Sagradas Escrituras.** Es decir, si bien Dios reveló el evangelio a los apóstoles, no les llegó a ellos como una total novedad, porque ya lo había prometido por medio de sus profetas en las Escrituras del Antiguo Testamento. Hay, de hecho, una esencial

1. PABLO Y EL EVANGELIO

continuidad entre el Antiguo Testamento y el Nuevo. Jesús mismo dijo con claridad que las Escrituras daban testimonio de él, que él era el Hijo del hombre de Daniel 7 y el Siervo sufriente de Isaías 53, y que, como estaba escrito, tenía que sufrir con el fin de entrar en su gloria.¹⁴ En Hechos oímos a Pedro citar el Antiguo Testamento con referencia a la resurrección y exaltación de Jesús y al don del Espíritu.¹⁵ También observamos a Pablo razonar con la gente desde las Escrituras sobre que el Cristo debía sufrir y resucitar, y que este era Jesús.¹⁶ De manera semejante insistió en que fue ‘según [o, de conformidad con] las Escrituras’ que Cristo murió por nuestros pecados y fue levantado al tercer día.¹⁷ Así, tanto la ley como los profetas dieron testimonio del evangelio (3.21; ver 1.17).

Tenemos razón, por consiguiente, de estar agradecidos que el evangelio de Dios tiene una certificación doble, a saber, los profetas en el Antiguo Testamento y los apóstoles en el Nuevo. Todos ellos dan testimonio en cuanto a Jesucristo, y es a esto a lo cual se refiere Pablo a continuación.

3. La esencia del evangelio es Jesucristo

Si juntamos los versículos 1 y 3, omitiendo el paréntesis del versículo 2, nos queda la declaración de que Pablo fue apartado para el evangelio de Dios acerca **de su Hijo**. Porque el evangelio de Dios es ‘el evangelio de su Hijo’ (9). Las buenas noticias de Dios se refieren a Jesús. Como lo expresó Lutero en su glosa de este versículo: ‘Aquí la puerta se abre plenamente para entender las Sagradas Escrituras, es decir, que todo ha de entenderse en relación con Cristo.’¹⁸ Calvino escribe en forma semejante que ‘todo el evangelio está contenido en Cristo’. Por lo tanto, ‘alejarse un solo paso de Cristo significa alejarse del evangelio.’¹⁹

A continuación Pablo describe a Jesucristo mediante dos condiciones opuestas: **que según la naturaleza humana era descendiente de David (3), pero que según el Espíritu de santidad fue designado con poder Hijo de Dios por la resurrección. Él es Jesucristo nuestro Señor (4)**. Aquí tenemos referencias, directas o indirectas, al nacimiento (descendiente de David), a la muerte (a la que se hace referencia por su resurrección), a la resurrección de los muertos, y al reinado (en el trono de David) de Jesucristo. El paralelismo ha sido armado tan cuidadosamente y de manera tan exacta que muchos

entendidos suponen que Pablo estaba haciendo uso de un fragmento de algún credo anterior. De ser así, aquí le otorga su aprobación apostólica. Expresa una antítesis entre dos títulos (descendiente de David e Hijo de Dios), entre dos verbos ('era' o 'nació' como descendiente de David, pero 'fue designado' o 'declarado' Hijo de Dios), y entre dos cláusulas con función calificativa (*kata sarka*, 'según la naturaleza humana' [literalmente, 'según la carne'], y *kata pneuma hagiōsynēs*, literalmente, 'según el espíritu de santidad').

Primero, dos títulos. 'Hijo de David' era un título mesiánico universalmente reconocido como tal.²⁰ Lo mismo puede decirse de 'Hijo de Dios', particularmente sobre la base de Salmo 2.7. Sin embargo, la forma en que lo entendió Jesús, como se ve tanto en su modo de acercarse a Dios como '¡Abba! ¡Padre!' y en su manera de referirse a sí mismo de modo absoluto como 'el Hijo',²¹ indica que la designación tiene carácter divino, y no meramente mesiánico. Evidentemente Pablo la usaba de esta manera (no sólo en 1.3-4, sino también, por ej., en 5.10 y 8.3, 32). Los dos títulos hablan conjuntamente, por lo tanto, de su humanidad y de su deidad.

De los dos verbos, el primero ocasiona pocas dificultades. Si bien no significa más que 'se hizo', evidentemente se refiere al hecho de que Jesús descendía de David por nacimiento (y quizás por adopción también, ya que José lo reconoció como su hijo). El segundo verbo, en cambio, plantea un problema. La traducción 'designado [declarado, RVR] con poder Hijo de Dios por la resurrección' se entiende fácilmente. El problema está en que *horizō* no significa realmente (o generalmente) 'declarar'. Se traduce correctamente 'designar' cuando se dice que Dios 'designó' a Jesús juez del mundo.²² Pero el Nuevo Testamento no enseña que Jesús haya sido designado, nombrado, establecido o instalado como Hijo de Dios en el momento de la resurrección o mediante ella, por cuanto ha sido el Hijo de Dios eternamente. Esto sugiere que las palabras 'con poder' deben unirse al sustantivo 'Hijo de Dios' antes que al verbo 'designar'. En este caso Pablo afirma que Jesús fue 'designado Hijo-de-Dios-con-poder'²³ o incluso que fue 'declarado como el poderoso Hijo de Dios' (BAGD). Nygren capta bien este concepto cuando escribe: 'De modo que *la resurrección es punto decisivo en la existencia del Hijo de Dios*. Antes de eso era el Hijo de Dios en debilidad y humildad. Mediante la resurrección se transforma en el Hijo de Dios con poder.'²⁴

La carta de Pablo a la joven iglesia en Roma ha influido en forma dramática a los cristianos a través del tiempo. Es una proclama extraordinaria sobre la libertad que tenemos a través de Jesucristo. En todo el Nuevo Testamento, es la declaración más plena, más sencilla y más grandiosa acerca del evangelio.

El justo por la fe vivirá

¡Cuántos asuntos reciben la atención de Pablo en la Carta a los Romanos! La evangelización, los fundamentos para vivir una vida santa, la ley y el Espíritu, la soberanía divina y la responsabilidad humana en la salvación... Estos temas son apenas un muestrario de los que, directa o indirectamente, presenta y analiza la Carta de Pablo a los Romanos.

> *Con guía de estudio*



John Stott es uno de los predicadores y líderes cristianos de mayor prestigio en nuestros días. Es pastor y autor de más de 40 libros traducidos a más de sesenta idiomas. Con sabiduría y autoridad, comparte las enseñanzas bíblicas de una forma profunda pero a la vez práctica y directa. Sus escritos son joyas en cualquier biblioteca, y obligatorios para quien desee acercarse al texto bíblico con una lectura fiel y seria.

Comentarios
Nuevo Testamento

ISBN 978-950-683-136-3



9 789506 831363



CERTEZA
UNIDA

ANDAMIO

Certeza
Argentina

